

el mundo y dirijan las sociedades; pero los que mandan, gobiernan y dirigen con inmediato poder, nada suelen tener de filósofos. Ya ni siquiera se hace bastante caso del filósofo para darle á beber la cicuta como á Sócrates, ó para quemarle vivo como á Giordano Bruno. Hoy el filósofo hace zapatos como Boehm, ó pule vidrios como Espinoza, ó enseña á muchachos que califican de chochees ó de simplezas su enseñanza. Tal vez dentro de mil ó dos mil años, cuando haya adelantado más la humanidad, se organice ésta como en la Ciudad del Sol de Campa, nella, y venga á imperar un gran metafísico. Por lo pronto, distamos muchísimo de eso.

Si lo espiritual pudiera analizarse químicamente ó prensarse como lo material ó corpóreo, ni la prensa más pujante exprimiría jugo filosófico, ni el más enérgico reactivo le sacaría de todas las prendas, habilidades y excelencias que han encumbrado á los políticos eminentes que gobiernan hoy la Europa y el mundo.

Y no hay que lamentarse de esto, por-

que está muy puesto en razón. La verdadera filosofía es teórica ó especulativa de lo inmutable, de lo eterno, de lo inteligible puro. A fin de darlo á entender así, inventaron, sin duda, los antiguos aquella fábula de que Demócrito se había saltado los ojos, quedándose ciego, para filosofar sin distraerse.

Aristóteles tenía razón, y vuelvo á mi tema. No hay ciencia mejor que la filosofía, pero ninguna es menos útil. Imitemos á D. Hermógenes. Digámoslo en griego para mayor claridad: ἀνεγκαιότεραι μὲν οὖν πᾶσαι ταύτης, ἀμείνων δ' οὐδεμία.

¿Y cuáles son estas ciencias útiles que no son filosofía primera? Son las ciencias que el mismo sabio de Estagira divide en *prácticas* y en *poéticas*. Las *prácticas* son las que gobiernan al agente libre y ordenan su acción: ciencias morales y políticas; y las *poéticas*, las que hacen algo en las cosas ú objetos que están fuera del agente: ciencias naturales, ó sea conocimiento del mundo visible. En estas ciencias *poéticas* ó *hacedoras* estriba el hacer casas, tatarretes, sillas, coches, zapatos, guisos, caminos, cana-

les, etc. Cuando estas ciencias llegan al extremo y no se contentan de mejorar lo visible, tangible, comestible, potable y textil para nuestra mayor comodidad, uso, deleite y regalo, sino que vuelven sobre el agente ó poseedor de las ciencias y se emplean en mejorar y revestir de forma, no ya lo exterior sólo, sino también el mundo ideal que tiene el agente en la cabeza, y hacen esto por medio y por virtud de la palabra, ya las ciencias poéticas, en vez de convertirse en oficios útiles, se remontan á la inutilidad sublime de la metafísica, y son por excelencia poesía.

Por esto he dicho yo que la poesía es inútil, que es un lujo, un esplendor, una magnificencia que no pueden ni deben gastar todos. Pero ni con mucho voy yo tan lejos como usted va, contradiciéndose. Usted se enoja contra mí porque declaro inútil ó sea lujosa la poesía, y luego me la convierte en algo mil veces más lujoso y más raro de lo que yo imagino.

Absurdo es el refrán que reza: "de poeta, músico y loco, todo tenemos un poco,..". El don de la poesía dista mucho de ser

tan vulgar; pero Dios es más generoso en concederle de lo que usted supone. Convenga usted en que Dios sería muy cruel si, siendo tan útil la poesía, como dice usted, no se dignase Dios, como dice usted también, crear un poeta sino de mil en mil años. ¡Pues estaríamos aviados si así fuera!

Nada de eso, mi querido amigo. Los poetas amenos y razonables, y aun los egregios y excelentes, abundan más de lo que usted cree. Hay más pedido de ellos que de metafísicos, y Dios, que es muy bueno, nos fabrica menos metafísicos que poetas.

Naciones grandes, civilizadas y ricas han vivido y viven sin metafísicos. Sin metafísicos han transcurrido siglos y siglos. Pero no bien el hombre dejó de ser *alalo*, cuando empezó á ser poeta. Ni hubo ni hay nación ni edad que carezca de poesía. Choca, como dije, que se hable de filosofía rusa, pero no de poesía rusa; de filosofía polaca, pero no de poesía polaca; de filosofía persa, pero no de poesía persa. Seguirá aún *sub judice* que hubo ó hay española filosofía; pero ¿quién

ha de poner en duda que hubo y hay poesía española?

Y esto sin parar. Su manantial constante, su venero continuo, si bien no es tan rico, como usted implícitamente asegura, cuando da á entender que se puede llenar cada quince días de versos no malos un periódico tan grande como *El Ateneo*, es sobradamente rico para dar más de un poeta cada mil años, y aun para dar algunos poetas "desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo;" largo período de cerca de doscientos años, que usted deja desierto de poetas capaces de escribir un buen verso solo.

Presumo que este aserto de usted es chiste, paradoja ó *humorada* sin rima, y no me canso ni canso á los lectores citando, en contraposición de los versos que usted cita, versos tan buenos ó mejores de Quintana, de Arriaza, de Lista, de ambos Moratines, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y de bastantes otros que han florecido después de muerto Quevedo y antes de pasar los Pirineos el romanticismo. Diré, no obs-

tante, que es inexactísimo lo que insinúa usted de que los líricos del tiempo de Quintana son del gusto francés, y de que no son del gusto francés los románticos. Semejante aserto es de aquellos que carecen de fundamento, y que se repiten ya maquinalmente y sin reflexión. El aserto contrario sería más fundado. Líricos del gusto francés acaso puedan llamarse nuestros románticos, llenos de imitaciones de Víctor Hugo, de Lamartine y de Musset; pero los líricos clásicos de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, ¿á qué lírico francés imitaban? Andrés Chénier andaba aún inédito é ignorado, y los demás carecían de alas suficientemente réticas y poderosas para volar por cima de los montes y llegar hasta Salamanca, Madrid y Sevilla.

Estábamos entonces tan contra el gusto francés en poesía lírica y narrativa, que los que imitaron ó tradujeron la poesía francesa se llevaron chasco. Sus publicaciones cayeron en la oscuridad y en el olvido. No bastaron á hacerlas populares el que estuviesen prohibidas; ni la pimienta y la sal de las chuscadas obs-

cenas ó irreligiosas las preservaron del desdén público. Hoy son curiosidades bibliográficas *El papagayo* de Gresset, *La guerra de los dioses* de Parny, y otros librejos por el estilo, en verso castellano. En cambio, en lo popular, en lo ensalzado, en lo conocido, ¿se ve acaso huella de traducción ni de remedo de poesía francesa? ¿Dónde están los modelos franceses de las quintillas de Moratín el padre, de las epístolas y elegías del hijo, y de las versos de Quintana, Gallego y Maury, con ser él mismo medio francés? ¿Qué poeta francés inspiró á Iglesias sus villanescas y epigramas, sus sátiras briosas á Jovellanos, á Fray Diego González sus candorosas dulzuras, y sus elevadas composiciones á Lista?

Vamos, confíeseme usted que ha sido una broma que ha querido darme eso de decir que desde Quevedo hasta que vinieron los románticos no hubo en España verdadera poesía.

La poesía abunda más de lo que usted supone al sotener que durante siglos dejó de haberla; pero abunda bastante menos de lo que se infiere de imaginársela

como muy útil, á modo de artículo de primera necesidad, y no como objeto primoroso y exquisito de arte y de lujo.

La poesía es inútil, porque tiene en ella su fin, porque nada se propone fuera de ella, porque es desinteresada. El orador parlamentario arenga para que triunfe su partido; el abogado escribe pedimentos para ganar pleitos á sus clientes; en fin, todo tiene un fin fuera de sí, mientras la poesía le tiene en ella sola.

Y esta inutilidad para el oyente ó el lector, que no saca de la poesía sino deleite estético, es más completa y palmaria en el poeta mismo. De donde proviene que haya sastres, médicos, taberneros, albañiles, etc., de profesión ó de oficio; pero apenas hay poeta de oficio, como no sea artificialmente, sostenido por algún tirano elegantísimo ó por algún pueblo excepcionalmente culto, ultradelicado y superfino. Ni el poeta es poeta de diario y á todas horas, sino que de diario es magistrado, clérigo, militar, propietario, comerciante, y hasta puede ser mendigo, y sólo de vez en cuando es poeta.

Si vienen á casa de cualquiera de nosotros con el papelote de empadronamiento, á fin de que llenemos las casillas, de fijo que nos declararemos empleados, propietarios, mercaderes, y no nos atreveremos á declararnos poetas. El fisco no nos impondrá por serlo ninguna contribución; pero no creará tampoco que con serlo nos mantengamos. Yo de mí sé decir que, si sumo toda mi poesía, y añado mi prosa (que poesía es al cabo ó no es nada, pues yo no soy doctor, ni sé, ni enseño, y no hago más que poetizar), y en seguida calculo muy por lo largo lo que me ha producido todo, no tengo con el producto para mantener durante seis meses á mi familia. ¿Puede, pues, darse mayor inutilidad?

De ella nace además lo inseguro y vacilante de los juicios acerca de los poetas y de la poesía. Los hombres juzgan las obras de los hombres más por el resultado exterior que por ella mismas. Y como en la poesía casi nunca hay resultado exterior, sobreviene la duda y la incertidumbre en el juicio. Cuando uno ve á un señor que no tenía un ochavo pocos años

ha, y ahora tiene acciones del Banco, y quintas, y lagares, y casas, y papel de la Deuda, dirá de él, quizá con envidia, todo lo malo que se le antoje, pero no que es tonto; mientras que del poeta, puro poeta, cuya firma no vale en la Bolsa tres ochavos, ¿no podrá decirse que es tontísimo? El mismo poeta, salvo en los fugaces instantes de inspiración y de exaltación orgullosa, se creará, y se cree, no lo dude usted, tonto de remate.

Hay tres clases de hombres que son superiores á los demás, si son de verdad lo que aparentan ser, si son de oro, y no de alquimia. En estos hombres, en el fondo del alma, y templado por la caridad si por acaso se manifiesta, hay un desdén inmenso por todas las cosas creadas y fabricadas, naturales y artificiales. Es lo que llaman los autores ascéticos el menosprecio del mundo. Las tres clases de hombres que le menosprecian son los santos, los metafísicos y los poetas; pero no es floja la diferencia en el modo de menospreciarle.

El santo, unido á su Dios ó aspirando con vehemencia á unirse con Él, no vaci-

la un instante ni cesa en su menosprecio, lo cual no impide que, inflamado en el amor que Dios le infunde, vuelva su espíritu á las criaturas, y, por amor de Dios, divina y entrañablemente las ame. Es esto tan hermoso, que yo, si bien no cuento á la envidia entre mis mil defectos é imperfecciones, envidio á los santos por esta condición de la vida terrenal de ellos, aun prescindiendo de toda mira ó esperanza para más allá de la muerte.

Tal vez algún raro eminente metafísico se eleve á la altura de los santos en menospreciar el mundo con constancia; pero en el poeta, como poeta, y si no es santo también, es intermitente y momentáneo el menosprecio del mundo. El poeta peca de ordinario por estimarle demasiado. De aquí, si el poeta es franco y sincero, suele nacer en él lo que llaman ahora humorismo: la confesión cómica y simpática que se le escapa, en medio de sus raptos y elevaciones hacia lo infinito y lo eterno, de que, sin poderlo remediar, se despepita y desvive aún por lo finito, temporal y caduco.

La mencionada idiosincrasia del poeta hace mayor la dificultad de juzgarle. El crítico y el público, con claridad ó con instintiva y oscura percepción, forman el siguiente razonamiento. Tal poeta lo es porque menosprecia lo vulgarmente práctico y útil, y se eleva muy por cima de todo ello. Entonces califico al tal de legítimo poeta, y le coloco en el quinto cielo. Pero ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil, ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando decía de las uvas que no estaban maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un ser lastimoso que no vale para sastre, ni para cavador, ni para peón de albañil, ni para otros oficios, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.

Resultan de lo dicho dos linajes de poetas diametralmente opuestos. Los que están, como los santos y como los eminentes metafísicos, por cima de lo real y ordinario, más altos que toda ciencia, que todo oficio y que todo arte, y los que están por bajo de todo. ¡Vaya usted á dis-

tinguirlos! Difícil es cuando el mismo poeta no se distingue, ni se reconoce á menudo, y principalmente en los últimos años de su vida. Entonces suele desfallecer y hundirse en desconsolador abatimiento, y sospechar que su inspiración ha sido falsa, y sus sublimidades simples, y su gloria *filfa*.

Por fortuna, esto se depura y aclara por la crítica y con el tiempo. Así se colocan al cabo en el templo de la inmortalidad los poetas verdaderos y soberanos, que hoy se llaman *genios*. Mas ¿por qué negarlo? Aún sigue la discordancia en el fallo definitivo y en el producto diverso de la cuenta que se echa. ¿Cuántos son estos *genios* ó poetas archisuperiores? Víctor Hugo, por ejemplo, me parece que pone poco más de media docena: Isaías, Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare y él. Otros ponen más. Otros, y usted se me antoja que es uno de estos otros, ponen menos aún, ya que no conceden al mundo un buen poeta sino cada mil años, y ya que afirman que los buenos versos son tan raros como los diamantes de á libra.

Yo, amigo mío, soy cien veces más liberal que usted en conceder ese título de poeta soberano y en colocar á no pocos entre los genios y poetas inmortales. Pero ¿no estamos de acuerdo en poner en la otra extremidad á un sinnúmero de desgraciados que no han valido para lo ordinario de la vida, y que por desesperación se han arrojado á poetas? De acuerdo estamos; y, estándolo, hemos de convenir en que no anduvo desatentado ni soberbio, sino filantrópico y dulce, el Director de esta Revista al decir que no los desdeñaba.

En lo que usted y yo nos diferenciamos todavía más, no es en poner mayor ó menor número de poetas soberanos ó de *genios* en nuestra cuenta, ni en considerar tampoco mayor ó menor la ingente multitud de los poetastros, sino en que usted no pone, al parecer, y yo sí pongo, cierta falange valerosa y honrada de poetas estimables que, sin llegar á *genios*, son ó fueron claros ó agudos *ingenios*. Ellos tal vez sirvieron durante su vida para muchas cosas prácticas y provechosas y decentes, y en algunos días

felices de noble inspiración, reforzada por el estudio, por el buen gusto y por el recto juicio, pusieron en sus modestos escritos lo mejor de su alma, y nos dejaron versos que por la elevación de los sentimientos ó de las ideas, ó por la gracia y el chiste, expresado todo con primor de estilo, con limpio y atildado aunque no violento artificio de dicción, y con armonía de metro, son y serán deleite y encanto de los hombres delicados y perspicaces que saben sentir la belleza y gozar contemplándola.

Y de estos poetas habrá, y hay, y hubo, no uno cada mil años, sino 'más de ciento cada siglo, sin que por eso deje de haber habido y haya *genios* (más de seis y aun de siete), y sin que falten tampoco nunca almas generosas que gusten de la poesía, en cuya inmortalidad y ubicuidad, en cuya persistencia en todas las edades y entre todas las tribus, lenguas y castas de seres humanos, creo yo tanto ó más que usted. No se revuelva usted, pues, contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima

muerte de la poesía, por lo menos en metro. Yo he proclamado sólo en són de elogio su inutilidad sublime, así como la mayor inutilidad de la metafísica.

Es posible que, si sigue progresando la humanidad, no basten ya en el siglo XXX las prendas que se requieren hoy para ser Ministro, presidente del Congreso ó director de Rentas, y sea requisito, y no estorbo ó reparo, ó motivo de sospecha de que se hará mal, el poseer las prendas de poeta.

Progresando todavía el linaje humano, acaso en el siglo XL se necesiten además para los mencionados empleos las prendas de un gran metafísico. Yo sólo afirmo que hoy no se necesitan ni se requieren. Por eso dichas facultades ó habilidades son, en cierto sentido, inútiles ó lujosas. Así fueron inútiles ó lujosas las que hoy tiene un político diestro cuando imperaban en un Estado bárbaro la fuerza brutal y la astucia villana, y así fueron lujosas é inútiles las que constituyen un buen sastre cuando la gente andaba todavía sin pantalones y sin casaca.

Creo, pues, simpático don Ramón, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

debemos estar de acuerdo; pero si no lo estamos, aunque lo sentiré, no escribiré más sobre el asunto, pues hartó he dicho para cansarme y para cansar aun á los más pacientes y benévolos lectores, en cuyo número, así como entre los buenos poetas, pone á usted y le pondrá siempre su admirador, amigo y compañero,

V.



LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA

I

La metafísica.

CASI tiene razón *Clarín* cuando asegura que el señor Valera y yo nos hacemos los tontos; y ya me voy convenciendo de que, en vez de hacernos, lo somos.

El señor Valera sostiene que la metafísica y la poesía son dos cosas comple-